

REVISTA CLIO

Año X

— Noviembre de 1943 —

N.os 13-14

PUBLICACION DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DEL INSTITUTO PEDAGOGICO

Director: JULIO MOLINA MÜLLER

Redactores:

ROBINSON GAETE U., LUZ MATTE A., ENZO MELLA P., FRANCISCO GALDAMES R.



3 Notas Editoriales

Nuestra Facultad cumple cien años.

Un centenario... Cuando se toman así, en su fría ordenación estos precisos y armoniosos años transcurridos, todo se encuentra tan coherente, tan trabado dentro del mismo ritmo en que, por lo demás, los observadores viven, que se torna difícil hablar con ánimo de ameno informante.

La narración aparente, y oficial, condiciona los hechos tan orgánicos y conformados a un suceder, que casi no encontraríamos relieves que pudieran sernos íntimamente interesantes.

Es por eso que nos alejaremos, remontando la corriente del tiempo, más allá del año de gracia de 1843.

El 17 de abril de 1839 se promulgaba el Decreto Supremo emanado del gobierno de don José Joaquín Prieto, por el cual se declaraba extinguido a contar de esa fecha el establecimiento literario conocido con el nombre de Universidad de San Felipe. La iniciativa del Ministro de la cartera, don Mariano Egaña, personaje en cuya alma se realiza esa curiosa consonancia del espíritu trotón y rancino, a lo Quintana, el poeta laureado de la Corte, o a lo don Jaime Balmes, el irremplazable eclesiástico del "criterio", representantes de la España retórica, con las nuevas exigencias creadas por el despliegue de la Civilización Occidental, hacía posible entonces el nacimiento de nuestra Universidad como una corporación de estudios universales y positivos.

Los togados señores Andrés Carlos de Vildósola, procurador, Luis Santa María, profesor de matemáticas, y Vicente Martínez de Aldunate, jurisconsulto y canónista, habían marchado por diversos motivos a Lima en busca de un rincón más propicio para la instalación de su Museo de figuras de cera, en impresionante fuga hacia las lejanías del pasado. Esto puede parecer poético y hasta elegantemente melancólico

hoy; pero la de esa época era en verdad una lucha a brazo partido por traer luz en el sagrado cielo de nuestras posibilidades futuras.

Don Manuel Montt, a la sazón Ministro de Justicia e Instrucción Pública del General Bulnes, promueve y declara la inauguración de la Universidad el 17 de septiembre de 1843.

Bástenos recordar que en esa oportunidad, su primer Rector, don Andrés Bello, trazó, en una amplia visión de conjunto, el programa de trabajos de las cinco Facultades, que eran las de Ciencias Matemáticas, Medicina, Leyes y Ciencias Políticas, Teología, Filosofía y Humanidades, con 91 miembros académicos, diez de los cuales pertenecían a la de Filosofía. Los demás detalles de esa solemne ceremonia en la que participaron conjugadas las potencias estatales, económicas, sociales, culturales y religiosas de la nación, son bien conocidos.

Nuestra Facultad nació inmediatamente allí, con su emblema de color azul, quizá queriendo simbolizar que habría de ser la llama descubridora de nuestro destino histórico. De ella hablaremos ahora.

Pero antes diremos que la vida literaria chilena había tomado ya insospechado desarrollo. Al viejo "Mercurio" de Valparaíso, fundado en 1827, con un sello comercial y portuario, se sumaban "El Progreso", redactado por Sarmiento y "El Heraldo" y "La Gaceta del Comercio", obras de su connacional don Vicente Fidel López y de don Juan García del Río, natural de Cartagena de Indias.

La Sociedad Literaria que el impetuoso Lastarria fundara en Santiago latía también con las mismas inquietudes y exaltaciones y sacaba a circulación "El Semanario", con la ayuda de Antonio García Reyes, Antonio Varas y Manuel A. Tocornal. Allí se gestaría el primer concurso literario chileno, el de 1843. El perseverante vate don Salvador Sanfuentes y el simpático cuanto original costumbrista Jotabeche buscarían allí la comprensión sonriente, su inicial consagración.

En "El Crepúsculo", progenitura también de los mismos elementos, aparecería luego el ensayo del joven Bilbao, "Sociabilidad chilena", que —reímos algo al recordarlo— tanto habría de espantar a los patroncitos pelucones, y sus distinguidas esposas . . .

La Facultad de Filosofía y Humanidades tuvo según la Ley Orgánica (inciso 2.º, art. 8.º) la vigilancia de los primeros pasos de la Instrucción Primaria en el país. La ley mencionada, orgánica de la Universidad, de 19 de noviembre de 1842, establecía para ello las bases de coordinación de estas funciones entre la Facultad, el Rector, el Claustro y el Consejo Universitarios. Estado de cosas que duró hasta 1860. La tarea específica de la Facultad estaba en determinar el régimen escolar y de estudios, redacción y traducción de textos, informes, etc. La Escuela Normal de Preceptores fundada contemporáneamente sería la impulsadora de este programa de instrucción mínima, y a través de Sarmiento emanó de ella el Proyecto de Instrucción Primaria del que fuera portavoz en la Cámara don A. García Reyes (16 de julio de 1848).

En el plano secundario la Facultad ha tuicionado también esta enseñanza y en aquél son importantes sus intervenciones, a través de los miembros académicos de función en ella, en cuanto a la armonización y perfeccionamiento de los horarios de clase en un sentido más acorde con el espíritu del tiempo, es decir, más científicos y menos latinizantes (inciso 5.º, art. 8.º. L. O.). En 1882 se incorporaban en su seno por ello mismo, los profesores José Roehner (griego), Baldomero Pizarro (latín), Osvaldo Rengifo (filosofía), Gaspar Toro (historia moderna), Abdón Cifuentes (historia de Chile y América).

El desarrollo de la Educación secundaria en Chile está muy relacionado con el llamado problema del latín, que tomó toda la segunda mitad del pasado siglo.

Remontándonos de nuevo por el siglo XIX debemos destacar que el primer atisbo polémico sobre esta cuestión lo tuvo don José Manuel Infante en 1834 ("El Valdiviano Federal"). Dentro del primer medio siglo académico las opiniones fueron muy encontradas. Así, por ejemplo, el canónigo Joaquín Larrañ Gandarillas representaba lo que hoy llamaremos la derecha intransigente. El equilibrado Bello defendía su enseñanza por razones de formación intelectual por ser él genético de nuestros idiomas. Para Domingo Arteaga Alemparte, y en esto muchos especialistas le darían hoy la razón, aparecía como una verdadera gimnasia intelectual. Don Gregorio Víctor Amunátegui y don Benjamín Vicuña Mackenna eran los más tenaces impugnadores. Para el segundo las razones de su desaparición de los programas regulares obedecían a: 1) que como lengua fija tiene mérito muy relativo; 2) que no podía considerarse en absoluto como lengua madre; 3) que no era exclusivo como lengua clásica; 4) su enseñanza era muy tediosa, rutinaria y absorbente; y 5) que tendía a crear una aristocracia escolástica, siendo que ese idioma era inútil aun en la jurisprudencia.

Don Justo Fabián Lobeck, en muy meticulosa memoria, hacía resonar con entusiasmo de scholar su elogio en la Academia, impugnando al historiador chileno.

Las vicisitudes de la campaña siguieron. En 1876 se le declaró optativo. Y en el año 1901 se le suprimía, sin pena ni gloria, de las tesis para optar al Bachillerato.

Otro informe presentado a la corporación y que mereció los honores de crear un ambiente de discusión fué el de Sarmiento sobre la Reforma ortográfica. En síntesis, planteaba allí un sistema americano, basado en la pronünciación, reduciendo el alfabeto a 23 letras, y suprimiendo las que el humanista argentino denominaba extranjeras (h, v, z, r, x, qu, ph, w). Simpática al espíritu populista, esta manera de ver encontró también sus contradictores.

Un aspecto que insinúa legalmente el Estatuto ha sido cumplido con abundante y feliz dedicación. Este no es otro que el del reconocimiento y estudio del territorio e historia nacionales. No en vano dijo de los chilenos el muy magnífico polígrafo Menéndez Pelayo que los chilenos apenas si han dejado un rincón de su Historia sin escudriñar.

Todos estos afanes representaban informes o memorias que la Facultad escuchaba cada cierto tiempo. Y desde el primero presentado por don José Victorino Lastarria sobre la "Historia del régimen español y del sistema colonial en Chile", que significara una precisadora controversia sobre cómo se debe escribir la Historia, hasta el elogio que al incorporarse hacía de su antecesor el tranquilo y honorable caballero metropolitano o vitiwinícola, muchas han sido las sesiones de ella en que se han delineado los caracteres de nuestra cultura y enseñanza.

El desenvolvimiento intelectual del XIX registra algunos nombres extranjeros que más tarde serían miembros correspondientes de la Facultad: don José J. de Mora, por España, y el argentino egregio don Bartolomé Mitre, que como el propio Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, Domingo Oro, etc., debieron su formación político-literaria a Chile.

Otros correspondientes figuran en sus respectivos países en primera línea, como el historiador brasileño don Francisco Adolfo de Varnhagen, el gramático colombiano, amigo y colaborador de Bello, don Rufino Cuervo; el polígrafo y crítico hispano de fama universal, don Marcelino Menéndez Pelayo. Por otro lado, el francés Labeleye, el inglés Mac-kham, etc., etc.

Son decanos de la Facultad durante su primer período (1843-1889), los señores Miguel de la Barra (1843-51), Ventura Blanco Encalada (1851-56), Salvador Sanfuentes (1856-60), José Fco. Gana (1860), José V. Lustarria (1860-64), Domingo Santa María (1865-67), Diego Barros Arana (1867-76), Francisco Vargas Fontecilla (1876-83), Barros Arana (2.º período, 1884-88), y don Francisco Solano Astaburuaga (1888).

Aquí termina el que designábamos primer período, pues aunque su función académica continúa hasta la fecha, en 1889 se crea su órgano docente: el Instituto Pedagógico. Y con él se abre la era de la enseñanza en que actualmente vivimos.

Hasta allí había prevalecido la para su tiempo ajustada idea académica al estilo de la Francia, europea, propia para regir complejos culturales en su madurez brillante. Lo que aquí no se quería comprender es que para llegar a esa madurez se requería de una organización sistemática de la enseñanza para la docencia, pues ella según el decir no se adquiría "por revelación".

En adelante no se hablaría de la lucha por la cultura como de un tema especulativo, en medio de las nubecillas enervantes de un proyectismo digno de bizantinos, sino más bien de la lucha por sistematizar pedagógicamente la transmisión de nuestra incipiente formación intelectual a cada vez más extensos sectores de la juventud.

Eran las ideas de Barros Arana y de Letelier las que se concretaban en esta casa de estudios.

Don Ignacio Domeyko se había anticipado medio siglo a la realización completa de la idea de Facultad de Filosofía y Humanidades como en ese momento aparecía. Barros Arana que en 1863 asumía la dirección del Instituto Nacional, consumado educador y observador sin prejuicios como era, tuvo ocasión de constatar en ese verdadero preópago de la enseñanza secundaria la falencia y el empirismo generales en que se ahogaban nuestros Liceos.

Sus empeños tropezaron, es sabido, con la tozudez más puramente castiza de cierta reacción.

Veintitrés años más tarde don Pedro Montt, Ministro del ramo en un gobierno impetuoso y emprendedor, presentó al Consejo de Instrucción Pública un proyecto, más bien administrativo, para fundar la Escuela Normal de Profesores.

Don Valentín Letelier, de regreso de Europa tras un viaje de estudios, elaboró un proyecto que tuvo diversas alternativas en el ajetreo burocrático. El Ministro Puga Borne, que conocía por haber ejercido el profesorado, los vicios de nuestra enseñanza, tomó con gran entusiasmo la propugnación de las ideas de Letelier y la contratación previa de los profesores de la nueva Escuela universitaria. Pero por el azar de una crisis ministerial sería don Julio Bañados Espinoza el encargado de cuidar de la apertura del Instituto Pedagógico. Tras una victoriosa con-

tienda en la inevitable vía administrativa, las clases se normalizaban en abril de 1890.

Por lo que respecta a la enseñanza del Instituto, ella se subdividió en dos secciones: una de humanidades y otra de ciencias. La primera comprendía los cursos de historia y geografía, castellano y latín, francés y griego, inglés y alemán. Análogamente, la sección ciencias tuvo dos cursos, matemáticas y ciencias naturales.

Este plan de estudios sería coronado por la enseñanza de la filosofía y la pedagogía. Estos cursos fundamentales fueron servidos por el profesor Jorge Enrique Schneider, en torno al cual impartieron sus enseñanzas un selecto grupo de especialistas.

Hay que destacar que luego se diferenciaría del curso de ciencias naturales el de ciencias físicas. Más tarde, el creciente desarrollo del establecimiento ha determinado la creación de Departamentos, comprensivos de diversas asignaturas que orientan las especializaciones docentes. Pero en líneas generales el plan generatriz se ha mantenido.

Como toda obra viva, el Pedagógico ha sido atacado desde su fundación. Su alma mater, don Valentín Letelier, hizo hasta el día de su muerte, según expresión del Prof. Roberto Munizaga, la periódica defensa de él. En el fondo, hay allí un conflicto de puntos de vista que inciden seriamente en la apreciación de nuestra cultura como emanación verdaderamente nacional.

Sin embargo, hoy el Pedagógico de la Universidad de Chile se presenta como una escuela que marca tradición, rumbo y sugerencias creadoras en América.

Asumieron el Decanato desde 1889, el autor de la "Historia General de Chile", por vez tercera; don Domingo Amunátegui, el señor Barros Borgoño, don Julio Montebruno, don Luis Galdames, don Darío Salas, don Carlos Vicuña y don Juan Gómez Millas. Y dentro de lo inmediatamente actual, don Luis Galdames (2.º período), y el Dr. Yolando Pino Saavedra, que lo es hoy día.

El 10 de agosto de este año se inició en el Salón de Honor de la Universidad un ciclo de conferencias en conmemoración del Centenario. Participaron en esa justa intelectual, el Rector, don Juvenal Hernández, el Decano Dr. Pino Saavedra, el Director de nuestro Instituto, el distinguido filólogo Dr. Rodolfo Oroz, y los profesores Ricardo A. Latcham, Mariano Latorre, Humberto Fuenzalida, Ricardo Donoso, Roberto Munizaga, Dr. Luis Bisquertt, Carlos Videla, Claudio Rosales, Dr. Parmenio Yáñez, Dr. Fernando Oberhauser y Arturo Valenzuela.

Fundidos a ellos, exaltando estos cien años participaron en un símbolo activo y trascendente, que no podremos olvidar, los profesores argentinos miembros de la Facultades de Filosofía y Letras de las Universidades de Buenos Aires y Cuyo, Dres. Amado Alonso, Francisco Romero y Juan Villaverde. Representantes de todas las ramas sistemáticas del humanismo y la ciencia chilena y argentina estuvieron allí, pues, como diciendo que mucho se puede esperar de esta compenetración cultural y docente.

La lucha por la autonomía espiritual y material de Nuestra América señala con dramatismo inaplazable aquel primer paso, con certidumbre histórica y con razón geográfica.

Diremos, finalmente, que la cronología de nuestra Facultad marca acciones sucesivas que tienden a confrontarla cada vez más con la vida cotidiana de su órgano docente.

Los recientemente inaugurados Institutos de Psicología, Filología y Geografía serán, lo esperamos ansiosos, una culminación esencial y unificadora de los estudios especializados que en las asignaturas se hacen con el ánimo superior de la ciencia.

La ampliación de las cátedras mediante conferencias públicas de profesores, egresados y estudiosos que patrocina la Facultad serán un lazo realmente vivificador. Al romper el encastillamiento académico—que a veces llega a parecerse mucho al frío rodaje administrativo—, se podrá hablar, por ello mismo, mucho más propiamente de una Academia en el nuevo sentido del término. Investigación y difusión; experiencia y discusión acercarán ahora dos formas de un mismo proceso en la lucha cultural chilena. Las formas trémulas y entusiastas de lo nuevo pueden decir más que la tinta desvanecida, anémica, de las Actas que tenemos ahora ante nuestra vista.

Y todo esto, tras cien años de marcha por la Historia.

Posición actual de la juventud.

En los momentos de la vida del mundo en que la acción material por el espacio y la ágil secuencia de los problemas de voluntad, de ideación o de sentir requieren determinaciones rápidas y oportunas, es un hecho que las miradas de todos se dirigen a la juventud.

Así lo supo traducir valiosamente en el Congreso de Ministros de Educación celebrado hace poco en Panamá el señor Benjamín Claro Velasco, representante de nuestro país.

El dijo allí, entre otras cosas: "LA JUVENTUD DE AMÉRICA NO QUIERE CAUDILLOS, RECLAMA MAESTROS... La juventud reclama una educación que los coloque en el camino que Bolívar, San Martín, O'Higgins y demás hombres de la gesta de la independencia se habían trazado como meta: la de la libertad del pensamiento y altivez del espíritu, aquella libertad y altivez que abominan de toda tiranía, venga de donde viniere".

Es invocando a las generaciones jóvenes que los hombres maduros y serios pueden encontrar el acertado camino en sus mejores designios políticos.

Lo cierto es que en Chile y otras partes de la América constituye un espectáculo dramático el de la juventud y todas sus impedidas virtualidades, apuntando hacia el porvenir.

Por un lado, los prejuicios de los mayores. Por el otro la tiranía y la explotación ideológica, porque no otros calificativos merece, de los oportunistas y aprendices de políticos mimetizados mañosamente en sus filas.

Sabemos que nuestra honrada posición no está allí. Y al pensar en tales hechos también lo hacemos con un gesto de simpatía hacia los jóvenes auténticamente revolucionarios, pertenecientes a países en que la opresión, en todas sus formas, se hace sentir como en campo conquistado. A ellos, a lo que de nosotros esperan, diremos que nuestro

afecto americano, nuestra solidaridad, nuestra política parte del terreno mismo de la actividad diaria, cultural.

El contenido de la enseñanza es algo que se refiere, en extensión y profundidad, a la superación de las condiciones de existencia de los jóvenes chilenos y por ende, de Iberoamérica.

Desde este núcleo del problematismo —la enseñanza—, los estudiantes de pedagogía promueven en estos mismos momentos el serio examen de las tareas futuras, de la docencia desde la Escuela Primaria hasta la Universidad, estableciendo su correlación, como que pertenecen a un organismo que funciona al unísono.

La enseñanza especial y técnica toma en sus debates el papel que el imperativo histórico-económico le tiene asignado. La técnica se confunde con el proceso político porque ambos significan volición del hombre sobre la Naturaleza y sus objetos.

Estas grandes luchas de la hora actual no se ganan solamente en el despliegue agresivo y anárquico de las fuerzas de la materia. Así parecen comprenderlo algunos grupos estudiantiles.

Pero, por penosa o risible malaventura, no podían siquiera sospecharlo los jóvenes chilenos que hace algunos meses organizaron el llamado Congreso Latino Americano de Estudiantes.

La modestia inicial, que siempre precisa los grandes desarrollos en la construcción ideológica; la preocupación verdadera, gremial, apasionada, por los problemas del estudiante como ente situado en un lugar determinado del acontecer social, la actitud política propia del joven, altiva, creadora, generosa de las opiniones controvertibles, todo eso faltó allí.

Improvisación ampulosa de un temario al que se habían ensartado como cosa previa un rosario de consignas, —extraídas de nosotros sabemos dónde—. Había, pues, tiranía y explotación ideológica.

Organización: deficiente, tratándose como era, de un Congreso en que no estaba ajena la política y en el que por lo tanto era necesario el sancionamiento por la Asamblea soberana de los temas de discusión.

Y, los estudiantes, ¿para qué se reúnen?

¿Para revisar con ánimo de grupo joven y auténticamente revolucionario los mares de fondo de nuestra Civilización Occidental?

¿O para la adaptación realista a las condiciones universales e ineludibles que la guerra crea ya a nuestro Continente?

¿A preguntarse sobre el destino, negro o brillante, pero siempre común, de Iberoamérica?

Algunas de estas preguntas debieron contestarse allí, o mejor dicho, crearse las premisas ambientales y discursivas de su contestación. Otras, incumbían a los gobiernos, y en este punto es necesario afirmar que el haberlo hecho habría significado no tener sentido de las proporciones. Y el estudiante, como hombre que se enfrenta a la cultura, debe poseer altamente este sentido valorativo.

Adhesiones para una política continental determinada podrían haberse cursado más democráticamente POR CABLES, en un general intercambio de puntos de vista de Asambleas estudiantiles, desde sus amplios locales de reunión, en cada país.

Eso habría sido más honrado, y sobre todo más propio de esta época en que hay que aprovechar el tiempo en la acción sería, minuto a minuto, y no en la imitación inoperante de un tipo político que las

democracias mismas han desahuciado ha tiempo. ¡Cara, entonces, a los problemas!

Cuidémosnos, porque la juventud obra por impresiones, y por ende, de las que se habrán llevado, por ejemplo, el joven antillano o ecuatoriano combativo y capaz, neo-romántico, o el experimentado estudiante uruguayo, o el brasileño, ávido de una discusión que hubiera deseado campaar sobre un sentido espiritual superior.

Porque todo lo que sucedió en esa lamentable reunión transcurrió en medio de un estilo oratorio aburrido y agotante, en medio de una mascarada parlamentariode.

Sabemos quiénes imprimen, ya tradicionalmente, el rumbo a estos costosos actos, sobre los cuales el fracaso extiende su penoso pavés.

¿Por qué esta gente no practica su deporte politiquero y su indigna falsificación cultural en la vida privada?

Es que en ellos, dentro de un soma juvenil, hay almas viejas, almas pegadas a un materialismo amoroso y falto en absoluto de las galas de la imaginación y de la prudencia.

Ignoran, seguramente, que el materialismo como una forma integral de vida no excluye la honradez cultural, ni la independencia política, ni la magnificencia estética, ni lo que es más importante que nada, el sentido de lo grande.

El paganismo heroico y rutilante de algunas épocas, en sus veloces dramatizaciones del destino humano, no se podría comparar nunca al conservantismo de estos jóvenes viejos y ambiciosos de las pompas palaciegas.

¡Porque en ciertos materialismos campea siempre, irónica y mágicamente, la luz de un espíritu!

Es en este sentido que, en nombre de nuestra juventud estudiosa, en nombre de la Universidad de Chile, que por un período más rige la hábil persona de don Juvenal Hernández, queremos decir a los delegados extranjeros que se sintieron defraudados de este desorden —y por eso lo han confesado en la intimidad—, o de aquellos que no lograron una conexión fecunda de posiciones ideológicas, que aquel Congreso NO representó ni lejanamente a los estudiantes chilenos.

Hubiéramos deseado mostrar a los que en esa posición se sienten, y a todos, la seriedad de los estudios en las propias Escuelas: en sus Seminarios, laboratorios, aulas y bibliotecas.

Ese es el trabajo que vale y que pesará seriamente, definitivamente, en el cuadro político-cultural de nuestros países, pensamos.

Una Olimpiada universitaria americana, un torneo forense, literario o histórico, una exposición de arte joven, habrían sido mil veces más proliferantes.

No son de estudiantes chilenos aquellas consignas aprobadas precisamente por la presión de los que, muchas veces simples aves de paso por el aula, no tienen nada de auténtico que decir. Y en esto no omitimos ni a políticos ni a religiosos.

Nada tampoco fluirá del seco dogmatismo importado de los traficantes políticos de profesión, definidos ya como agentes disponibles en la feria propagandística de un imperialismo cualquiera.

Concluimos, pues, en pensar que por culpa de muchos de los de aquí, promotores del aparato externo y contumaces mangoneadores del Congreso aludido, éste haya aparecido quedando fuera del tiempo y del espacio.

No en vano se podría terminar diciendo de esta clase de enemigos, acariciando con la pluma el giro mental de cierto pensador artifice y libre: Han preferido tener la voluntad de la nada a no tener ninguna.

Aniversario de «CLIO».

Fué en la antigua casa del Departamento de Historia y Geografía que se gestó la aparición de nuestra Revista. Ya en 1931 un grupo selecto y entusiasta había querido fijar, a través de los afanes de la publicidad, los trabajos que se hacían en la cátedra de Historia Universal, con el pensamiento de hacer una verdadera ampliación de la misma.

Los originales del primer número en proyecto no conocieron sin embargo, los honores de la impresión. Ellos se extraviaron en medio de la ola de locas precipitaciones y el desbande que trajo la huelga universitaria que en esos precisos días estallara.

Más tarde, animado por el profesor don Juan Gómez Millas, el grupo se reconstituía. Sus cuadros de trabajo se precisaron y sus más grandes activistas serían la señorita Olga Poblete, en ese tiempo Ayudante del Departamento y los profesores señores Eugenio Pereira Salas y Humberto Fuenzalida.

Las reuniones del cuerpo de redacción se efectuaban en la Sala Beeché, nuestra biblioteca que era en ese entonces. El propósito que tenía la Revista era el de ampliar la visión especializada de los estudiosos, dando a conocer, principalmente, extractos de las grandes doctrinas históricas actuales y textos de documentos sobre problemas de Filosofía de la Historia y otros hechos de interés.

Eran estas las directivas de trabajo que estructuraban el primer número, aparecido en agosto de 1933.

Además, en el desarrollo de los que le siguieron podemos anotar la crítica literaria, la inserción de trabajos de tesis, memorias, como también la cuenta que se entregaba a los lectores sobre investigaciones geográficas, que tomó luego sitio en la preocupación de los redactores.

Podemos anotar en los primeros aspectos señalados los trabajos de los profesores Juan Gómez Millas sobre "La figura de Hannibal", y de Eugenio Pereira sobre "Ideas de la Revolución Francesa" y "El problema de la división de la Historia en periodos". Una interpretación crítica del libro de O. Spengler "La Decadencia de Occidente" del profesor Eugenio González; un ensayo sobre el "Materialismo histórico", de Herrán Ramírez N.; una tesis sobre la Doctrina Monroe, de Aurelio de la Fuente. Aparece con rasgos de gran novedad el aporte de don Luis Galdames sobre los personajes de "La Araucana", y el de don Ricardo E. Latcham sobre "La filiación materna de los indios andinos". El profesor Guillermo Felíx Cruz entregó una "Silueta moral de O'Higgins", con ocasión de recordarse el centenario de la muerte del prócer.

Temas de Filosofía de la Historia interesantes son los de Robinson Gaete sobre "El sentido del número en las civilizaciones pre-colombinas; de Armando Roa, "Introducción a una filosofía suramericana"; de Jorge Muñoz Rayo sobre "Las generaciones y la Historia". Una índole documental y polémica tienen los trabajos de Yves Javet, "Ensayo sobre

política económica latinoamericana", y el de Orlando Peña referente a la teoría de Vignaud en torno a los viajes de Colón.

Trabajos de narración que se destacan son los de Alberto Aleytt, "Las ciudades en la Edad Media"; el de Francisco Galdames sobre "El primer centenario de la Universidad de Chile", y el de Olga Poblete que tiene por tema el estudio de la Historia del Extremo Oriente.

En el orden documental figuran cartas inéditas de O'Higgins, y temas filatélicos ilustrados. No han faltado tampoco los historiadores clásicos.

Las tesis históricas contemporáneas se han conocido a través de Eduardo Meyer ("Florecimiento y decadencia del helenismo en Asia"), Arnold J. Toynbee ("Un análisis del progreso") y trabajos de condensación como los de Elsa Kam-Chings ("La diplomacia egipcia en la época del Tell-el-Amarna"), Luisa Hucke (comentario de la obra de Lewis Mumford intitulada "Técnica y Civilización") y otros trabajos que completan esta línea.

La inquietud por los estudios geográficos también ha tenido representación valiosa en los trabajos de los profesores don Luis A. Puga, director de nuestro Departamento, sobre el método en la enseñanza de la Geografía y de don Humberto Fuenzalida en que se relatan exploraciones geológicas efectuadas por el autor a Río Ibáñez. Don Manuel Abascal ha hablado de la valiosa biblioteca que poseemos en la rama de geografía. Los jóvenes Napoleón Lopes Filho y Alfonso Freile C. han abordado los temas de la Amazonia brasilera y el grupo isleño de las Calbuco, respectivamente. Sóbranos aludir diversas crónicas, editoriales, notas de actividades del Centro, etc., y el aporte de aspectos de polémica, literatura, arte y reflexiones humanísticas puras, en lo que hemos innovado, con los nombres de Teófilo Cid, Oscar Fabres, Modesto Collados, Enrique Gómez-Correa, etc., etc.

Este es, más o menos, el balance que podemos hacer de los diez años de "CLIO". Nuestro espíritu tiende a dar cada vez más importancia a la Historia de América y Chile y al documento revelador y oportuno, y entre ellos, muy a pesar de los reparos del tradicionalismo, al arte gráficamente representado, y a la literatura moderna, bases profundas de muchas situaciones, convites para hacer una incursión en el complejo histórico.

Mucho de sugerente puede decir al espíritu adiestrado en la comprensión el análisis de las producciones que la persona humana nos ha legado en su itinerario de culminaciones estelares.

El Director.